

—Qué había de ser pecadora de mí, respondió ella con el mayor enojo, sino una sandez de las muchas de Tirso? Vió caer á mi padre con el accidente que le dá de tarde en tarde, y sin mas ni mas vino á alborotarnos aqui y hasta á Carracedo fué sin que nadie se lo mandase. No, pues si otra vez no escogen mejor mensagero, á buen seguro que yo me mueva, aunque de cierto se muera todo el mundo.

Diciendo esto se dirigió á la celda de su señora dejando á las buenas monjas entregadas á sus reflexiones sobre la torpeza del pastor y lo pesado del chasco. El remiendo de Martina aunque del mismo paño, como suele decirse, no estaba tan curiosamente echado que al cabo de algun tiempo no pudiesen verse las puntadas; pero contaba con que tanto ella como su señora estuviesen ya por entonces al abrigo de los resultados.

CAPÍTULO IX.

Don Alvaro salió de su castillo muy poco después de Martina y encaminándose á Ponferrada, subió el monte de Arenas, torció á la izquierda, cruzó el Boeza y sin entrar en la bailia tomó la vuelta de Cornatel. Caminaba orillas del Sil, ya entonces junto con el Boeza, y con la pura luz del alba é iba cruzando aquellos pueblos y valles que el viagero no se cansa de mirar, y que á semejante hora estaban poblados con los cantares de infini-

tas aves. Ora atravesaba un soto de castaños y nogales, ora un linar cuyas azuladas flores semejaban la superficie de una laguna: ora praderas fresquísimas y de un verde delicioso y de cuando en cuando solia encontrar un trozo de camino cubierto á manera de dosel con un rústico emparrado. Por la izquierda subian en un declive manso á veces y á veces rápido, las montañas que forman la cordillera de la Aquiana con sus faldas cubiertas de viñedo, y por la derecha se dilataban hasta el rio huertas y alamedas de gran frondosidad. Cruzaban los aires bandadas de palomas torcaces con vuelo veloz y sereno al mismo tiempo: las pompasas oropéndolas y los vistosos gayos revoloteaban entre los árboles, y pintados gilgueros y desvergonzados gorriones se columpiaban en las zarzas de los setos. Los ganados salian con sus cencerros y un pastor jovencillo iba tocando en una flauta de corteza de castaño una tonada apacible y suave.

Si don Alvaro llevase el ánimo desembarazado de las angustias y sinsabores que de algun tiempo atrás acibaraban sus horas, hubiera admirado sin duda aquel paisaje que tantas veces habia cautivado dulcemente sus sentidos en dias mas alegres; pero ahora su único deseo era llegar pronto al castillo de Cornatel, y hablar con el comendador Saldaña su alcaide.

Por fin torciendo á la izquierda y entrando en una encañada profunda y barrancosa por cuyo fondo corria un riachuelo, se le presentó en la cresta de la montaña la mole del castillo iluminada ya por los rayos del sol, mientras los precipicios de alrededor estaban todavia oscuros y cubiertos de vapores. Paseábase un centinela

por entre las almenas y sus armas despedían á cada paso vivos resplandores. Dificilmente se puede imaginar mudanza mas repentina que la que experimenta el viagero entrando en esta profunda garganta: la naturaleza de este sitio es aspera y montaraz, y el castillo mismo cuyas murallas se recortan sobre el fondo del cielo parece una estrecha atalaya entre los enormes peñascos que le cercan y al lado de los cerros que le dominan. Aunque el foso se ha cegado y los aposentos interiores se han desplomado con el peso de los años, el esqueleto del castillo todavia se mantienen en pie y ofrece el mismo espectáculo que entonces ofrecia visto de lejos.

Don Alvaro cruzó el arroyo y comenzó á trepar la empinada cuesta en que serpenteaba el camino, que despues de numerosas curvas y prolongaciones acababa en las obras exteriores del castillo. Iba su ánimo combatido de deseos y esperanzas á cual mas inciertas, pero determinado á aceptar las numerosas ofertas del comendador Saldaña y ponerlas á prueba en aquella ocasion, en que se trataba de algo mas que su propia vida. Resuelto á esconder su plan y los resultados de él á los ojos de todo el mundo, y seguro de que la templanza y austeridad de su tío no le permitirian prestarle su ayuda; sus imaginaciones y esperanzas solo desencansaban en el alcaide de Cornatel. Su castillo de Bembibre no le ofrecia el sigilo necesario para la empresa que meditaba, sopena de encender la guerra en aquella pacífica comarca, y por otra parte ningun velo pudiera encontrar tan tupido y espeso como el misterio temeroso y profundo que cercaba todas las cosas de aquella órden.

:

El comendador que, según su inveterada costumbre, estaba en pie al romper el día, viendo un caballero que subía la cuesta, y conociéndole cuando ya estuvo más cerca, salió á recibir con un afecto casi paternal á tan ilustre huésped, mirado entre todos los templarios como el apoyo más fuerte de su orden en aquella tierra. Era don Gutierre de Saldaña hombre ya entrado en días; de regular estatura, pelo y barba como de plata; pero ágil y fuerte en sus movimientos como un mancebo. Su semblante hubiera infundido solo veneración á no ser por la inquietud y desasosiego de alma que privaba á aquel noble busto romano del reposo y calma que tan naturales adornos son de la ancianidad. Eran sus ojos vivos y rasgados de increíble fuerza, y en su frente elevada y espaciosa se pintaban como en un fiel espejo pensamientos semejantes á las nubes tormentosas que coronan las montañas, que unas veces se disipan azotadas del viento y otras veces descargan sobre la atemorizada llanura. Cualquiera al verle hubiera dicho que las pasiones habían ejecutado su estrago en aquel natural poderoso y enérgico, pero de cuantas habían agitado su juventud, para todos desconocida y enigmática, solo una había quedado por señora de aquel alma profunda é insondable como un abismo. Esta pasión era el amor á su orden y el deseo de acrecentar su honra y su opulencia, término cuyo logro no encontraba en él diferencia en los caminos. Su vida se había pasado en la Tierra santa en continuas batallas con los infieles y en medio de los odios de los caballeros de San Juan y de los príncipes que tan fieros golpes dieron al poder de los cristianos en la Si-

ria, y por último habia asistido á la ruina de San Juan de Acre ó Tolemaida, postrer baluarte de la cruz en aquellas regiones apartadas. Entonces dió la vuelta á España, su patria, herida su alma altiva y rebelde en lomas vivo, pensando en la Tierra santa que perdian para siempre sus hermanos, y cargado en fin con todos los vicios que legitimamente podian atribuirse á la milicia del Temple. Parecióle que en vista de la tibieza con que la Europa comenzaba á mirar la conquista de ultramar, solo para los templarios estaba guardada tamaña empresa y en el desvario de su despecho y de su orgullo llegó á imaginar la Europa entera convertida en una monarquía regida por el gran maestre, y que al son de las trompetas de la orden y al rededor del Balzá se movia de nuevo y como animada de una sola voluntad en demanda del Santo sepulcro. El ejemplo de los caballeros teutónicos en Alemania acabó de encender su fantasía volcánica, y vueltos sus ojos á Jerusalem, trabajando sin cesar por el engrandecimiento de su hermandad y codiciando para ella alianzas y apoyos en todas partes, sus amigos se habian convertido para él en hijos queridos y sus contrarios en criaturas odiosas, como si el mismo infierno las vomitara. Aquel alma sombría y tremenda exacerbada con la desgracia y lejos de la abnegacion y la humildad, fuentes puras de la institucion, se habia amargado con las aguas del orgullo y de la venganza, móvil entonces el mas poderoso de sus acciones. Como quiera, la fé iluminaba todavía aquel abismo, si bien su luz hacia resaltar mas sus tinieblas.

Este hombre extraordinario queria á don Al-

varo con pasión no solo ha causa de su confederación con la orden, sino por sus prendas hidalgas y elevado ingenio. No parecía sino que un reflejo de sus días juveniles se pintaba en aquella figura de tan noble y varonil belleza. Hasta le habían oído hablar con una mal disimulada emoción de la desdichada pasión del noble mancebo, cosa estraña en su austeridad y adusto carácter. Los recientes sucesos de Francia acababan de dar la última mano á sus estraños proyectos, porque una vez arrojado el guante por los príncipes, la poderosa orden del Temple tendria que presentar la gran batalla, de la cual, en su entender, debia resultar la total sumision de la Europa y tras de ella la reconquista de Jerusalem. Sin embargo por muchas que fueran las tinieblas con que el orgullo y el error cegaban su entendimiento, de cuando en cuando la verdad le mostraba algun vislumbre que si no bastaba para disiparlas, sobraba para introducir en su alma la inquietud y el recelo. Con esto se habia llegado á hacer mas ceñudo y menos tratable que de costumbre, y fuese por respeto á sus meditaciones ó por motivo menos piadoso, los caballeros y aspirantes esquivaban su conversacion.

Paseábase pues solo en uno de los torreones que miran hácia poniente, cuando divisó con su vista de águila y acostumbrada á distinguir los objetos á largas distancias en los vastos desiertos de la Siria á nuestro caballero que con su page de lanza iban subiendo á buen paso el ágrío repecho que conducia y conduce al castillo. Bajó, pues, á la puerta misma á recibirlo, no solo con la cortesía propia de su clase, sino tambien con la since-

ra cordialidad que siempre le inspiraba aquel gallardo mancebo.

—¿De dónde bueno tan temprano? le dijo abrazándole estrechamente.

—De mi castillo de Bembibre, respondió el caballero.

—¡De Bembibre! contestó el comendador como admirado. Quiere decir que habeis andado de noche y que vuestra prisa debe ser muy grande y ejecutiva.

Don Alvaro hizo una señal de afirmacion con la cabeza y el anciano despues de examinarle atentamente le dijo.

—Por el Santo sepulcro, que teneis el mismo semblante que teníamos los templarios el dia que nos embarcamos para Europa! ¿Qué os ha pasado en este mes en que no hemos podido echaros la vista encima?

—Ni yo mismo sabia decíroslo, respondió don Alvaro, y sobre todo aqui, añadió echando una mirada al rededor.

—Sí, sí, teneis razon, contestó Saldaña, y asiéndose de su brazo subió con él al mismo torreón en que antes estaba.

—¿Qué es lo que pasa? preguntó de nuevo el comendador. El jóven por única respuesta sacó del seno la carta de doña Beatriz y se la entregó. Como era tan breve, el comendador la recorrió de una sola ojeada, y dijo frunciendo el entrecejo de una manera casi feroz, aunque en voz baja.

—Ira de Dios, señores villanos! ¿con qué que-reis acorralarnos y destrozar ademas el pecho de gentes que valen algo mas que vosotros? ¿Y qué habeis pensado, repuso volviéndose á don Alvaro?

—He pensado arrancarla de su convento aunque hubiese de romper por medio de todas las lanzas de Castilla; pero llevarla á mi castillo ofrece muchos riesgos para ella, y venia á pedir os ayuda y consejo.

—Ni uno ni otro os faltarán. Habeis obrado como discreto, porque si á vuestro castillo os la llevaseis ó tendriais que abrir de grado sus puertas á quien fuese á buscarla, ó se encenderia al punto la guerra, cosa que daría gran pesar á vuestro tío y á nadie traeria ventaja por ahora.

—Si yo pudiera esconderla en las cercanías, repuso don Alvaro, hasta que pasase el primer alboroto, la pondria despues en un convento de la Puebla de Sanabria, donde es abadesa una parienta mia.

—Pues en ese caso, replicó Saldaña, traedla á Cornatel, porque si á buscarla vinieren, á fé que no la encontrarán. Junto al arroyo y cubierta con malezas al lado de una cruz de piedra, está la mina del castillo y por alli podeis introducirla. En mis aposentos no entra nadie, y nadie de consiguiente la verá. Pero á lo que dice la carta mucha diligencia habeis menester para impedir un suceso que ha de quedar concluido pasado mañana.

—Y tanta, respondió don Alvaro, que esta misma noche pienso dar cima á la empresa.—Y en seguida le contó la visita de Martina y la traza concertada que al comendador le pareció muy bien.

Quedaronse entonces entrambos en silencio como embebecidos en la contemplacion del soberbio punto de vista que ofrecia aquel alcázar reducido y estrecho, pero que semejante al nido de las águilas, dominaba la llanura. Por la parte de orien-

62

BIBLIOTECA POPULAR.

EL SEÑOR
DE BEMBIBRE.

Novela original

POR D. ENRIQUE GIL Y CARRASCO.



MADRID; 1844.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,
DE D. FRANCISCO DE P. MELLADO.